

El fetichismo de la mercancía en el pensamiento económico. Desde la economía vulgar al dogma del crecimiento.¹

Antonio Romero Reyes²

Introducción

La historia que vamos a contar aquí versa acerca de la relación entre la economía y su objeto, como una cadena de procesos mentales e intelectuales, y por cierto históricos, donde las deformaciones y la distancia con la realidad se fueron más bien agrandando.³ Para nosotros constituye una de las causas principales de los actuales extravíos, desvaríos, deformaciones e inconsistencias por las que atraviesa la economía, como ciencia o ejercicio profesional, a pesar de toda la formalización y sofisticación con la que los economistas suelen expresarse sobre los asuntos de interés público y de actualidad.

Possiblemente, entre los muchos temas que hoy cubre este campo del conocimiento social, la expresión más cabal o fidedigna de lo señalado anteriormente sea el del crecimiento económico. De un tiempo a esta parte, la persecución de ese crecimiento ha sido convertida en el *sanctasanctórum* (lo más sagrado) del pensamiento económico y político, así como de las actividad práctica de los hacedores y tomadores de decisiones. En este sentido, ha sido convertido en un fundamentalismo al que se adhieren y comprometen en distintos grados los neoliberales, (pos) keynesianos, neodesarrollistas, socialdemócratas, nacionalistas o estatistas, y la gente que enarbola discursos de izquierda.

Los organismos internacionales lo pregonan todo el tiempo como el principio supremo de toda economía y gestión económica “responsable”; los neoliberales y expertos económicos la ofrecen y recomiendan como receta mágica para el desarrollo en los países del Sur; los medios de comunicación son el eco que reproduce y masifica todo ese cacareo; se ha vuelto un acto de fe de todo gobernante (como el actual presidente peruano, Alan García) que cree ciegamente que esa fe puede “mover montañas” y convencer en si, ante si y para si, a los escépticos y a las mayorías emprendedoras que quieren surgir; es la obsesión de cualquier político incluso de oposición que aspire al poder del Estado, buscando granjearse la confianza de los inversionistas, grandes empresarios y el favor de las masas. Y estas últimas aun creen en lo que le dicen sobre el “chorreo” del crecimiento. En suma, el crecimiento *per se* no está en cuestión.

La obsesión por el crecimiento *per se* ha producido la alienación de las mentalidades, justamente porque se lo separa de cualquier otra consideración (política, social, ambiental, cultural, ética) y de su respectivo condicionamiento histórico. Asimismo, dicha obsesión se ha incrustado profundamente en las maneras de pensar y conocer, dando lugar al discurso ideologizado que incluso se disimula con el lenguaje de los economistas. En este trabajo buscamos mostrar que detrás de la fiebre por el crecimiento (y al interior de esa afiebrada mentalidad), hay un *corpus teórico* alejado de la realidad –y este es el sentido más general e la alienación que utilizamos— porque sus premisas científicas son falsas e ideologizadas, convenientemente ocultadas tras un discurso seudocientífico en base a modelos.

Para evidenciar la irreabilidad de lo que en la academia se conoce como *teoría neoclásica del crecimiento económico*, mostraremos la relación de continuidad de esa teoría con las escuelas antecesoras y, por tanto, con los mismos problemas y vicios, las incoherencias y debilidades que hereda. En otro lugar hemos caracterizado a este proceso como *alienación de la teoría económica* (Romero 2008a) y en este trabajo desarrollamos más el tema. Nuestro «hilo

conductor» es la crítica al fetichismo de la mercancía realizada por Marx en *El Capital*. Así como este advertía a sus lectores desde el comienzo de lo que iban a leer –más aun si fueran trabajadores— nosotros nos dirigimos aquí a los colegas economistas con la misma advertencia: «*De te fabula narratur!* [¡A ti se refiere la historia!]».⁴

Teníamos la intención de decir algo sobre las “alternativas científicas”, pero hacerlo implicaba alargar en demasía el texto de este trabajo. Este tema en realidad es más complejo de lo que a primera vista supone, pues concierne no solo ni principalmente a los métodos y contenidos de la enseñanza; demanda además un debate de largo aliento –pero urgente— sobre los presupuestos filosóficos y la «reconstrucción del objeto» (Dumont 1972), entre otras cuestiones gnoseológicas, ontológicas (en el sentido de recuperación de la realidad; ya no se trata de porfiar con el individuo abstracto), así como axiológicas.

Sin embargo, ponemos a consideración, para la discusión, la proposición de que la identificación de alguna de esas alternativas, particularmente en el campo de la economía, y como se desprende tácitamente de nuestro trabajo, pasa necesariamente por la *desalienación* del conocimiento. De manera más amplia, ¿es posible emprender la desalienación social sin comprometerse con la *construcción de la sociedad socialista* en nuestros países y el resto del mundo? ¿Habrá que hacerlo primero con la economía, para poder hacerlo con la sociedad?

Lima, agosto 2009

*Al igual que en el siglo XVI, en nuestros agitados tiempos en el terreno de los intereses públicos los teóricos puros ya sólo existen del lado de la reacción, y precisamente por ello esos señores ni siquiera son verdaderos teóricos, sino simples apologistas de esa reacción.*⁵

La actualidad de Marx

Razón tenía Isaac Deutscher (1975) al referir que la historia se realizaba también con ironías, porque contradecía las verdades sagradas de los dogmas impuestos como mitos. Mirado desde la distancia del tiempo, la caída del Muro de Berlín en 1989 puede valorarse como un hecho positivo y liberador. Este acontecimiento si bien liberó a las sociedades del Este europeo de los partidos comunistas, verticales y autoritarios desde el poder, lo paradójico y a la vez irónico de su impacto global a largo plazo –como lo experimentamos ahora— consistió en dejar sin alternativas y sin capacidad de organización política a los sectores populares.

Pero la historia ha venido dando un categórico *mentís* a los profetas que celebraron dicho derrumbe como el triunfo del capital y de la democracia liberal. Allí están los grandes acontecimientos de Seattle, Génova, Florencia, de los foros sociales mundiales y del movimiento por una globalización alternativa u «Otro mundo es posible». ¿Qué ha estado pasando entonces delante de nosotros? ¿Nuevos fantasmas recorren el mundo?

Bensaïd relata como se produjo en Europa –particularmente desde Francia- el renacimiento del marxismo bajo sus colores originales; es decir, como un retorno al pensamiento original de Marx:

«En Francia, las huelgas del invierno de 1995 marcaron un giro antiliberal, confirmado luego, a escala internacional, por las manifestaciones contra la mundialización capitalista: “¡El mundo no está en venta! ¡El mundo no es una mercancía!”». Sobre los escombros del siglo XX han vuelto a reflorecer “mil marxismos”. Sin tornarse escarlata, el aire recobra los colores. En 1993 se publican *Los espectros de Marx* de Jacques Derrida y *La miseria del mundo* bajo la

dirección de Pierre Bourdieu. En el otoño de 1995, justo cuando comenzaba el movimiento huelguístico, por iniciativa de la revista *Actuel Marx* se realizó el primer Congreso Marx Internacional. *Marx l'intempestif* apareció en noviembre. La prensa se asombró ante esta resurrección intelectual paralela al “regreso de la cuestión social”.» (Bensaïd 2003: 12-13).

Si en 1848 Marx y Engels anuncian en el *Manifiesto Comunista* que «Un fantasma recorre Europa», hoy en cambio podría decirse con Jacques Derrida (1998) que son los «espectros de Marx» los que recorren nuestro convulsionado mundo, América Latina incluida valga la aclaración. Si del pensamiento de Marx han sobrevivido sus espectros, entonces es inevitable preguntarse: ¿qué aspectos de su pensamiento han perdurado? Esta pregunta nos remite a la «paradoja de Lukács» reseñada por Boron (2006: 39-40). La famosa paradoja está contenida en un escrito de juventud del famoso filósofo húngaro (Lukács 1975). En virtud de esta paradoja, se distinguen aquellas tesis y proposiciones “sueltas” —aunque defendidas como dogmas sagrados— que pierden vigencia y actualidad por el descubrimiento de nuevos “hechos”, de lo que constituye el método de producción de conocimiento, es decir, el método dialéctico de investigación (el «método permanente» de Marx) sobre el cual se construye una determinada concepción materialista del mundo.

Otra manera de referirse a la misma cuestión consiste en el señalamiento de la «quintaesencia del marxismo» (otra frase luckácsiana), que se origina en una carta fechada el 28 de diciembre de 1862, dirigida por Marx a su amigo Ludwig Kugelman (Marx 1975: 19); allí se refiere en tono de anuncio a los manuscritos que había estado escribiendo como “continuación” de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), y a esta misma obra, utilizando la expresión “quintaesencia” para referirse a su obra económica en ese momento y en el mismo sentido en que la empleaban los ingleses («principios de la economía política»).

Si utilizamos ese mismo término para apreciar el conjunto de los escritos de Marx, ¿dónde se encuentra entonces dicha *quintaesencia*, que haya permanecido y resistido incólume la prueba del tiempo? Tanto al nivel de la teoría como del método, el «núcleo firme» —para utilizar una expresión del filósofo húngaro Lakatos (1989) —se remite esencialmente a la concepción materialista de la historia. Hay varios textos: la *Ideología Alemana* (1845), especialmente el capítulo I; los «principios generales» enunciados en el *Manifiesto Comunista* (1848), la Introducción de 1857 a los *Grundrisse*, especialmente «El método de la economía política»; el famoso Prólogo a la *Contribución* de 1859; finalmente, el Epílogo a la segunda edición alemana del Libro (Buch) I de *El Capital* (1872). Este mismo Libro I y los *Grundrisse* constituyen la aplicación más brillante del método de Marx.

Pero el haber enunciado los lugares donde se encontraría el «núcleo firme» no nos resuelve el problema de la **relación dialéctica entre pensamiento y realidad**, que es la cuestión fundamental en torno a la actualidad de Marx. A través de dichos trabajos solo indicamos el derrotero de un pensamiento que venía madurando desde mucho antes, mediante rupturas epistemológicas y lecturas críticas de otras fuentes (el idealismo filosófico alemán, el socialismo utópico francés, la economía política clásica inglesa), que fueron permanentemente contrastadas por Marx con la realidad de su época y mediante la práctica militante. Este proceso de maduración tuvo su desarrollo más álgido en la elaboración científica de *El Capital*, pero en cuyo itinerario previo es identificable una serie de tensiones, como las señaladas por Lander (2006).

«El marxismo es la síntesis más acabada tanto de los valores como de las formas de conocer dominantes en Occidente de los últimos siglos. No hay en Marx -sin embargo- una clara ni permanente autoconciencia epistemológica con relación a las implicaciones que para su sistema teórico tiene el hecho de que las fuentes de sustentación de sus proposiciones se encuentren ubicadas en terrenos que presentan opciones epistemológicas en muchos sentidos enfrentadas.» (Lander 2006: 219).

Y como para reforzar la argumentación añade más adelante:

«[...] la variedad de ‘marxismos’ tiene su raíz no sólo en esta diversidad de fundamentaciones epistemológicas, en esta particular síntesis de teorías y tradiciones culturales; sino también en la forma como esta diversidad epistemológica se expresa en las tensiones existentes en las formulaciones teóricas de Marx en relación con problemas teóricos y políticos centrales planteados en su obra.» (Lander 2006: 220)

La presencia de las tensiones en el desarrollo de la obra de Marx, está indicándonos claramente que estamos ante un pensamiento abierto e inacabado, «un saber viviente» (Boron 2006), un «marxismo vivo» (Grüner 2006). ¿Qué debemos entender entonces por un marxismo *racional y abierto*? Esta cuestión se halla en directa relación con las urgencias del presente y del futuro que no lo tenemos garantizado, de un mundo mucho más complejo y complicado que antes.

Por *marxismo racional y abierto* tendríamos que entender al menos dos cosas: *i*] Debe ser un marxismo creador, en consonancia con lo cual: *ii*] Su finalidad suprema es política y consiste en contribuir a la transformación (revolucionaria) del mundo.⁶ Esto no significa que primero es la teoría (la interpretación del mundo) y lo que viene después es la acción. Conocimiento y acción se condicionan mutuamente en términos de *praxis*; es decir, «transformación conjunta de la realidad y el pensamiento», de acuerdo con la interpretación que hace Grüner (2006) de la Tesis XI sobre Feuerbach, tan manoseada por los dogmáticos.

En el epílogo a la segunda edición alemana de *El Capital*, Marx (1988: 20) postula una dialéctica racional «porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina»; y en tal sentido «es escándalo y abominación para la burguesía» y las clases dominantes en general, porque va contra la **reificación y sacralización de las relaciones sociales por las cuales la realidad es transmutada en objetos sagrados**, como hacen usualmente los economistas y los poderes establecidos a los cuales sirven, con noción como crecimiento, inversión, mercado, competencia y competitividad.

En eso consistía el famoso *problema de la inversión* que Marx puso en evidencia al discutir la dialéctica que se hallaba mistificada en el pensamiento de Hegel. En uno y otro sentido («intelección positiva de lo existente», que se ubica en el plano de la ciencia; «inteligencia de su negación», que se identifica con el ejercicio de la crítica), se requiere un proceso de producción de conocimiento conectado directamente con la intervención de los sujetos en la realidad, intervención orientada hacia el cambio y la transformación.

Una de las consecuencias de la aplicación creativa de un método racional como la dialéctica de Marx es que hace posible la fusión entre pensamiento y acción mediante la *praxis*.⁷ La producción de categorías y conceptos, así como sistemas de categorías y marcos conceptuales, deben estar ancladas en la realidad histórica. Esta no es tratada como un “dato” ni como un

parámetro (algo “dado” o presupuesto), ni es estática pura. Mediante la utilización del método dialéctico estamos lejos de la pretensión, como hace la «ciencia burguesa» de la economía, de producir abstracciones absolutas así como entes con vida propia y de validez universal. Las categorías y conceptos –insistimos— son y deberían ser productos del pensamiento con anclaje en la realidad; válidos para la época y situaciones históricamente determinadas, de las cuales emanan por mediación de la acción y el acto de pensar de los sujetos, sean estos individuos o colectividades.

Lo anterior invalida la pretensión de neutralidad de los «científicos sociales» y la separación que usualmente se hace entre el sujeto que investiga y el objeto investigado. En este contexto, el plusvalor, la ganancia y sus formas, el capital, la mercancía, el crecimiento económico, las clases sociales, el Estado, la democracia liberal, el mercado, entre muchos otros conceptos y nociones, negados o consagrados por la ideología burguesa, son productos sociales y por ende históricos, como el sistema social mismo al cual sirven o tienen como referente. La misma agenda de investigación de Marx estaba sometida a los influjos de la realidad y era permeable a las urgencias del movimiento político y social de los trabajadores de su época. Con todo, su crítica a los fundamentos del sistema capitalista recobra plena validez porque –como sostuvo Bensaïd– «su actualidad es la de su objeto, su íntimo e implacable enemigo, el capital mismo...».⁸

La tesis marxiana del fetichismo capitalista

Al escribir la obra de toda su vida (*El Capital*) Marx quería no solamente evidenciar o sacar a luz el mecanismo intrínseco de explotación -la extracción de *plusvalor*- del modo de producción capitalista, así como las «contradicciones de clase» que corroen desde su interior a la sociedad moderna, dominada y maniatada por la hegemonía burguesa. Su propósito era mostrar asimismo el carácter fetichista y hasta absurdo del movimiento autónomo de las categorías económicas, en base al análisis de «la mercancía y su secreto», en la primera sección del Libro primero de *El Capital* (Marx 1988: 87-102). En opinión de Korsch (1981: 127) se trata de una cuestión «de importancia decisiva para entender la posición de Marx respecto de la economía.»⁹ Esta posición se aprecia cuando, en los manuscritos que dejó sin publicar, trata la enajenación del capital en *capital que devenga interés* (Marx 1982b: 499-509), o la *fórmula trinitaria* (Marx 1981: 1037-1057).¹⁰

La tesis central del fetichismo de las mercancías, en síntesis, consiste en lo siguiente: en el régimen capitalista el intercambio de mercancías en el mercado **oculta la relación social** entre productores, lo cual tiene como fundamento –histórico y no solo teórico— la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía, al relacionarse con el capital. En el mercado, dichas relaciones sociales se presentan/son presentadas como **relaciones entre cosas**, como formas exteriores que adquieren, incluso a través del juego de la oferta y la demanda, una existencia encantada e independiente. La misma relación entre capitalistas y trabajadores es una relación fetichista (el dinero como capital *vis à vis* la mercancía fuerza de trabajo), sancionada y validada *de jure*.

El fetichismo mercantil –en la *forma mercancía* o en la *forma dinero*— cumple la función de ocultar, invisibilizar, disimular y hasta negar, en un plano general, el carácter clasista de las relaciones de producción que engendra el capitalismo como sistema histórico, así como el carácter históricamente transitorio de este último. A nivel más específico, el fetichismo oculta y niega la relevancia que para la crítica de la economía política tiene la producción y distribución

del *plusvalor*, transferido como trabajo no-pagado al valor de cambio de las mercancías.¹¹ Este doble propósito se pretendió lograr con el cambio de paradigma que propició la revolución marginalista en el último tercio del siglo XIX por el cual, de la *economía política* que tenía como eje el **valor trabajo**, sustentado en las relaciones de producción y distribución, se pasó a la *teoría económica* cuyo principal fundamento se hace descansar en el **valor subjetivo**. En un trabajo anterior (Romero 2008a: 119-122) hemos discutido esta transición epistemológica, en la cual abundamos en el siguiente acápite.

Si en la realidad económica aparente (el mercado, los valores de cambio, el dinero y todos los otros precios de la economía) las relaciones sociales de explotación y las relaciones entre *productores directos* son ocultadas y/o transmutadas por relaciones entre cosas (mercancías y dinero), postulamos que existe correspondencia entre este fetichismo y la producción de pensamiento, ya que los economistas se han dedicado a “rumiar” justamente sobre esas apariencias, haciendo de la economía una **ciencia de lo evidente**, lo que para Marx era sinónimo de «economía vulgar».¹²

Lo mismo puede decirse con relación a la *ciencia económica* que fundaron los neoclásicos y que se prolonga hasta nuestros días.¹³ Mostrar la conexión entre la economía vulgar y neoclásica conlleva un examen minucioso de las obras de ambas escuelas, asunto que desborda los límites de este trabajo y dejamos para otra ocasión. Sin embargo, destacamos al menos un punto en común entre estas dos escuelas –si cabe utilizar esta expresión— y es que ambas se dedicaron a «deambular estérilmente en torno de la conexión aparente». Lo que viene a continuación es un adelanto.

La escuela neoclásica:¹⁴ prolongación moderna de la economía vulgar del siglo XIX

Es importante dejar establecido como surgió la *economía vulgar*, ya que es la corriente que se interpone entre la economía clásica y el marginalismo del último tercio del s. XIX que devino en teoría (“ciencia”) económica, como se le conoce actualmente. David Ricardo (1772-1823), en opinión de Marx, fue el último de los economistas clásicos cuyo principal trabajo teórico (Ricardo 1973) representó el momento de mayor madurez —y al mismo tiempo su culminación— en el desarrollo de la economía política. Tras la muerte del economista inglés se desató un largo debate sobre la validez de su obra, principalmente en torno al valor y el beneficio; debate que se prolongó hasta comienzos de la década siguiente: fueron los años de «reacción contra Ricardo» (Dobb 1980: 111-136).¹⁵

En consecuencia, de la tercera década hasta inicios del último tercio del s. XIX, en un periodo de 40 años aproximadamente, tenemos una transición epistemológica marcada, de un lado, por la preeminencia de la economía vulgar (*vulgarökonomie*) que expresaba el colapso y liquidación de la escuela ricardiana y, de otro lado, el paso de la economía política a la “ciencia” (teoría) económica, que cristalizó en la *revolución marginalista* de la década de 1870. El autor que mejor expresó esta transición fue el inglés John Stuart Mill (1806-1873), cuyo principal trabajo (Mill 1951) tuvo siete ediciones, la última de las cuales fue en 1871.¹⁶

Como sostuvo Schumpeter (1971b: 66): «[La revolución marginalista] se centró en la aparición de la teoría del valor, basada en la utilidad marginal que va asociada con los nombres de tres figuras señeras: W. S. Jevons, Karl Menger y Léon Walras.» Jevons y Menger son mencionados en el prólogo de Engels al tercer libro de *El Capital* (Marx 1982a: 13), en el contexto de su debate con el economista alemán Wilhelm Lexis. Allí se refirió a ellos como representantes de «la teoría del valor de uso y de la utilidad límite [AR: marginal]» que por

aquellos años había inspirado al «socialismo vulgar» en Inglaterra. Lo que para Schumpeter representó simplemente un «progreso cuantitativo» de la economía como ciencia (Schumpeter 1971b: 10), para nosotros el nuevo paradigma fue el resultado de un proceso de **bifurcación epistemológica** (Romero 2008a: 119-122). Con relación a la opinión de Schumpeter podemos mencionar, por contraste, la de un autor contemporáneo:

«Pero esta concepción de la “ciencia económica” como una ciencia, y en todo caso como una ciencia unificada que ha progresado linealmente, debe ser recusada. Contrariamente a la física, por ejemplo, los paradigmas de la economía continúan realmente coexistiendo de manera conflictiva, como lo han hecho desde el comienzo. La economía dominante actual, llamada neoclásica, está construida sobre un paradigma que no difiere en lo fundamental del de las escuelas pre-marxistas o incluso pre-clásicas. El debate triangular entre la economía “clásica” (Ricardo), la economía “vulgar” (Say o Malthus) y la crítica de la economía política (Marx) continúa aproximadamente en los mismos términos.» (Husson 2007)

En el ínterin, entre 1830 y 1870, especialmente en la década de 1840, se produjo un arduo debate entre las corrientes socialistas de la época, sobre las implicaciones políticas para los trabajadores que podían extraerse de las tesis ricardianas. Destacamos en este contexto la confrontación que Marx tuvo con el socialista francés Pierre-Joseph Proudhon hacia fines de esa década.¹⁷ Para ese entonces, Marx ya había hecho en 1844 sus primeros estudios de Ricardo, durante el primer destierro en París (noviembre 1843 – enero 1845) tras la clausura de la *Gaceta del Rin* (enero 1842 – marzo 1843) por el gobierno prusiano donde Marx fue colaborador y redactor jefe desde octubre de 1842.¹⁸

El principal punto de las desavenencias que hubo entre Marx y Proudhon, y por extensión, con las corrientes tanto del «socialismo pequeño burgués» como del «socialismo de Estado» de esa época (Rodbertus, John Gray y otros), radicaba en el funcionamiento y aplicación de la ley del valor, a partir de los principios formulados por Ricardo, especialmente el concerniente a la distribución de los productos del trabajo social. En este dominio, tanto los críticos de Ricardo como las tendencias socialistas de entonces constataban una discrepancia flagrante entre el principio teórico y la realidad: si el valor de cambio de un producto equivale al tiempo de trabajo invertido en su producción, ¿por qué el salario no es igual al valor del producto del trabajo? De aquí surgían las medidas prácticas o las estrategias que apartaron aun más a Marx de las otras corrientes socialistas: «Banco del pueblo» (Proudhon), «bonos de trabajo» (Rodbertus), apelación al Estado -al estado prusiano en el caso de Rodbertus- para que garantice el intercambio de mercancías «por su valor», en paralelo con la abolición de la competencia como mecanismo de manifestación de la ley del valor. Esto fue un breve recuento de una polémica más vasta.

En las *Theorien Über Den Mehrwert* (cuadernos de 1861-1863) Marx (1974b: 97-239) reseña y evalúa críticamente las limitaciones, vacíos y aporías que fue descubriendo en el pensamiento de los economistas posteriores a Ricardo. Consideramos de utilidad extraer de allí los argumentos que nos parecen claves para entender como fue que emergió la *vulgarökonomie*:

«El desarrollo de la economía política y del antagonismo implícito en ella discurre, en efecto, paralelamente con el desarrollo social de los antagonismos y de las luchas de clase inherentes a la producción capitalista. Al llegar la economía política a cierto grado de desarrollo, es decir, con posterioridad a Adam Smith, y cobrar formas determinadas, el elemento vulgar, simple reflejo del fenómeno en que aquellas formas se manifiestan, se desglosa de ellas para

convertirse en una teoría aparte. En Say, por ejemplo, las concepciones vulgares que encontramos en A. Smith y que se trataba de eliminar, cristalizan, formando en cierto modo un cuerpo especial y yuxtapuesto. Los economistas vulgares —incapaces de producir nada— encuentran nuevos elementos en Ricardo y en los avances que este autor imprime a la economía política. Y cuanto más se va acercando la economía a su pleno desarrollo y más se va revelando como un sistema hecho de contradicciones, más va levantándose frente a ella su elemento vulgar, nutrido con las materias que a su manera se va asimilando, hasta convertirse en un sistema especial que acaba encontrando su expresión más genuina en una amalgama desprovista de todo carácter. A medida que la economía va ganando en profundidad, tiende a expresar sus propias contradicciones y paralelamente con ello se va perfilando la contradicción con su elemento vulgar, a la par que las contradicciones reales se desarrollan en el seno de la vida económica de la sociedad. Al paso con esto, la economía vulgar, deliberadamente va volviéndose más apologética y pugna por hacer que se esfumen a todo trance las ideas en que se manifiestan aquellas contradicciones. He ahí por qué, al lado de un Bastiat empeñado en conciliarlo todo, Say puede pasar todavía por un crítico bastante imparcial. Sin embargo, la contradicción aparecía ya plenamente desarrollada en el sistema de Ricardo y el socialismo y las luchas sociales de la época de Bastiat revelaban con mayor claridad todavía el antagonismo.» (Marx 1974b: 393-394).

Si aplicamos el argumento anterior a la evolución posterior de la economía como ciencia, el neoclasicismo vendría a constituir en realidad un “sistema especial” de la *vulgarökonomie* —esta, a su vez, desgajada de la economía política clásica—, mientras que el neoliberalismo vendría a desempeñar el papel de ciencia “apologética” en que aquél degeneró. Resaltamos además varios puntos importantes:

i] La economía política clásica inglesa de los siglos XVIII y XIX, en la etapa más avanzada que alcanzó con la obra de Ricardo, se reveló como *un sistema hecho de contradicciones*, en paralelo, a la par y/o en correspondencia con el desarrollo de las contradicciones reales del capitalismo de la era victoriana.

ii] Cuando la economía política clásica llega a ese estado de cosas es porque “había alcanzado sus propios e infranqueables límites” (Marx 1988: 13). Aquí es donde se presenta la *bifurcación* (Romero 2008a): o profundiza y lleva a último término, mediante la crítica, las contradicciones que tiene entre manos, lo que hizo Marx al profundizar en la *conexión interna*,¹⁹ o se convierte en apologética y *vulgarökonomie*, lo que hicieron los economistas posteriores a Ricardo al abundar y redundar sobre las *prima facie*.

iii] La economía política clásica había engendrado sus propios elementos vulgares que a la larga se desgajaron de la matriz original para formar un «sistema especial» (la *vulgarökonomie*).

Con respecto a la escuela neoclásica, esta pretendió fundar un paradigma nuevo, sirviéndose al menos en parte de los elementos y materiales suministrados por la *vulgarökonomie* (pensemos solamente en el sistema de Say). Los sofisticados modelos matemáticos del equilibrio y la utilidad marginal vendrían a constituir, en última instancia, la expresión más acabada de esa «amalgama desprovista de todo carácter».

Para un historiador del pensamiento económico de la reputación de Ronald Meek (1980a: 212-217) el marginalismo con su principio metodológico de la *racionalidad económica* tenía mucho que aportar en términos de sus aplicaciones prácticas, agrupadas bajo el nombre de *praxeología* (Lange 1966: 134-204), a la «economía de control» (léase: economía centralmente

planificada) y, por extensión —añadimos nosotros— a toda formación social no capitalista. La condición implícita para ello, apoyándose nuevamente en Lange, consistía en recuperar como «punto de partida» las relaciones de producción.²⁰

Pareciera entonces que después de Ricardo —y con excepción de Marx— la economía ha consistido nada más y nada menos que en *economía vulgar*. Los avances más significativos se produjeron en cuanto a métodos de cálculo y modelizaciones. Pero fuera de esto, ¿no hubo realmente nada nuevo que añadir?²¹

En términos de nuestro hilo conductor, el foco de atención de los clásicos (la «conexión interna» en términos de Marx) constituido por las relaciones de producción, pero ocultadas bajo el fetichismo de la mercancía y las leyes de la competencia, fue formalmente reemplazado con la revolución marginalista por «la relación psicológica entre hombres y bienes acabados» (Meek 1980: 206). Las categorías creadas por el marginalismo, abstractas y desprovistas de contenido social, como la «utilidad marginal», pasaron a constituir la nueva forma de expresión del mismo fetichismo.

Keynes y los neoclásicos

En el Perú un autor como Adolfo Figueroa (1992: 19-35) sostuvo que la relación entre el paradigma neoclásico y el neoliberalismo es la que existe entre una determinada teoría económica y los modelos particulares a ella adscritos,²² de manera similar a como Keynes (1965: 15) diferenciaba a la economía clásica —en la que incluía a «los *continuadores*» de Ricardo— como un «caso especial» de la teoría general expuesta por él en los años 30, desatando la *revolución keynesiana*.²³

Keynes entendía por *continuadores* de Ricardo «aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J. S. Mill, Marshall, Edgeworth y el profesor Pigou»; es decir, incluía a la *vulgarökonomie* incorporada por Mill en su obra, al marginalismo representado por Edgeworth y a sus propios maestros de Cambridge (Marshall y Pigou). Marshall y Pigou fueron los más conspicuos representantes de la *síntesis neoclásica*.

Después de Ricardo la economía evolucionó mediante la lógica de **síntesis sucesivas**: J. S. Mill sintetizó a los clásicos (Smith, Ricardo y la escuela ricardiana), así como a los opositores y vulgarizadores de Ricardo; Marshall lo hizo sobre Mill (Schumpeter 1983: 139) y Keynes construyó su *General Theory* maniobrando sobre la ortodoxia que heredó de su maestro Marshall (Sweezy 1972: 82).²⁴

De lo que eran *modos de pensar* la economía y las relaciones económicas —que Schumpeter (1971b: 121-123) identifica con «la visión»— se transitó, a través de esa lógica, hacia *modos de instrumentar* la realidad económica, así metamorfoseada en modelos. En otros términos, la «teoría de la elección» vino a suceder a la utilidad marginal, y esta última a las doctrinas de los clásicos —incluyendo a Marx— sobre el valor trabajo,²⁵ todo lo cual ha significado en realidad la liquidación de cualquier rastro de economía científica (cf. nota 33, infra).

Schumpeter consagró la identidad entre ciencia económica y el empleo del análisis matemático.²⁶ Defendiendo el estatus científico de la economía del ataque de los críticos (entre ellos el marxista Kautsky), él mismo se encargó de decir en qué consiste la *teoría económica* (hemos resaltado las palabras en negrita):

«[...] fueron Marshall, Edgeworth y Wicksell quienes redujeron la doctrina de que la competencia libre y perfecta eleva al máximo la satisfacción de todos, al nivel de una **tautología inocua**.» (Schumpeter 1971b: 119).²⁷

Veamos ahora cuán compenetrado —y comprometido— estuvo Keynes con los neoclásicos:

«Cuando Keynes empezó a estudiar economía a finales del siglo pasado [AR: s. XIX], la doctrina neoclásica se había erigido en soberana indiscutible en los países de habla inglesa; aquel que disentía era considerado un incompetente. El propio Keynes aceptó la doctrina predominante sin ningún reparo y pronto llegó a ser considerado como un representante brillante, pero sobre todo como un representante ortodoxo, de la escuela neoclásica. [...] Su preparación le había convertido en un neoclásico puro, y realmente sólo se encontraba a gusto discutiendo con sus colegas neoclásicos. En realidad, está plenamente justificado decir que Keynes es el producto más importante y más ilustre de la escuela neoclásica.

«Esto, a mi entender, es decisivo para comprender la verdadera naturaleza de la aportación keynesiana. Su misión fue la de reformar la teoría económica neoclásica poniéndola de nuevo en contacto con la realidad de la que había ido apartándose progresivamente desde su vinculación con la teoría clásica a mitad del siglo XIX. Precisamente porque era uno de ellos pudo Keynes ejercer una influencia tan profunda en sus colegas. Son, también, estas mismas razones las que explican que Keynes nunca pudiera superar las limitaciones del enfoque neoclásico que concibe la vida económica haciendo abstracción de su marco histórico, por lo que resulta incapaz en sí misma de ofrecer una guía segura para la acción social.» (Sweezy 1972: 80-81).

Mucho se ha debatido sobre si la revolución keynesiana, anunciada por el propio Keynes,²⁸ significó realmente un cambio en el paradigma económico; si no era más bien un «continuismo clásico» disfrazado de heterodoxia; o si en el terreno de la política económica Keynes estaba apuntando hacia una propuesta de reformas para adecuar el *laissez faire* a la nueva realidad del siglo XX, en cuyo caso él se dirigía especialmente a los políticos y los poderes públicos. Aquí todavía «la política era suprema» como en el XIX (Polanyi 2003: 59).

Keynes fue educado en la doctrina del *laissez faire* (la ley de Say y los mecanismos automáticos del mercado) bajo cuya influencia tuvo una producción intelectual hasta finales de los años 20 (su primer libro, publicado en 1913, trata sobre el funcionamiento del sistema monetario hindú). Entre 1926 y 1930 se aleja de las enseñanzas y del legado intelectual que le inculcaron sus maestros (sobre todo Alfred Marshall), alejamiento que se materializa con la publicación de *Tract on Monetary Reform* (1923) y *A Treatise of Money* (1930). Estos dos trabajos constituyen las principales estaciones en el trayecto que lo llevará hacia la *General Theory* (1936). (Cf. Schumpeter 1983: 371-379).

Cuando Keynes estudiaba economía, así como al culminar su carrera, los grandes debates ya habían dejado de estar versados en cuestiones de principio y fundamentos; el consenso alrededor de «la visión» del proceso económico se había alcanzado y la economía era una *ciencia normal* en el sentido de Kuhn (1971: 52-53). El paradigma ya estaba establecido por la línea Smith-[Ricardo]-Mill-Marshall (Dobb 1980: 138-139)²⁹ y lo que había que hacer era **perfeccionar y articular** el paradigma establecido, similar a como en su momento se hizo con el paradigma proporcionado por los *Principia* de Newton (Kuhn 1971: 62-65). Schumpeter proporciona esta confirmación: «[...] en todas las cuestiones esenciales, la visión de los analistas del periodo siguió siendo la misma de Mill.» (Schumpeter 1971b: 122).³⁰

A partir de la revolución keynesiana la relevancia de los debates ha recaído, principalmente, en torno al diseño y manejo de instrumentos de política económica. La economía también ha producido la revolución de sus instrumentos (economía matemática, análisis operacional, econometría, economía del bienestar) haciendo exclamar con todo entusiasmo: «al fin el hombre ha empezado a dominar a la máquina que hasta ahora controlaba su destino económico.» (Meek 1980b: 231).³¹

A través de la consideración de los problemas del paro y el desempleo fue que el aporte realizado por Keynes permitió retomar, al menos indirectamente, el foco de atención que tuvieron los clásicos (las relaciones de producción); pero además —y he aquí su innovación— articulando esa esfera con los fenómenos monetarios.³²

Si se nos permite hacer un parangón, keynes fue con relación a sus predecesores neoclásicos lo que Feuerbach respecto a la filosofía hegeliana, pues reasentó a la economía sobre bases objetivas, despojándola de sus elementos más misticados o, al menos, matizándolos. Posteriormente, ante el agotamiento del keynesianismo frente a las mutaciones históricas del capitalismo en el último cuarto del s. XX, especialmente las contradicciones cada vez más visibles entre el Estado capitalista y el capitalismo de las transnacionales, la *vulgarökonomie* resurgió encarnada en la escuela monetarista de Chicago para tomar partido por los intereses de las segundas, en pugna además con las orientaciones y prescripciones keynesianas. De esta manera, se repitió el ciclo anterior de la *vulgarökonomie* con respecto a la economía clásica.

Retomando nuestro hilo conductor, el fetichismo de la mercancía pasó a ser expresado esta vez por el predominio del capital dinero, es decir, las relaciones *puramente monetarias*, sobre el conjunto de las relaciones económicas y sociales. Lo grave de todo esto y a diferencia del pasado inmediato (la «era de keynes»), el liderazgo que pasó a detentar el neoliberalismo monetarista coincidió con la tendencia de las remozadas fuerzas económicas y políticas del capital como relación estructural de poder, proyectando y ejercitando su hegemonía y dominación a escala global (véase la nota 34, infra).

La degeneración actual: apología, fundamentalismo y tótem

Debe recordarse siempre la triste historia del profesor de filosofía, positivista lógico, que, al volver un día a su casa en el autobús, se vio apretujado contra el lateral por un bracero gigantesco. «¿Le importaría dejarme espacio?», preguntó el profesor. Y la respuesta fue: «¿Qué quiere decir con espacio?» (Meek 1980: 228-229)

En la segunda mitad del s. XX, el delirio economicista por el «mercado perfecto» revivió y se extendió como una plaga desde su confinamiento en la cabeza de algunos cuantos profesores universitarios y de algunas universidades norteamericanas.³³ Los neoliberales hicieron del postulado clásico sobre la libre concurrencia y el mercado libre un dogma elevado a verdad sagrada y de validez universal. En los albores del s. XXI nos enfrentamos con la pretensión de la «utopía neoliberal» del «mercado puro y perfecto» (Bourdieu 1998), que desde el derrumbe de los régímenes del socialismo real fue impuesta al mundo como verdad única por los poderes fácticos.³⁴

Si consideramos que «Una teoría económica es una familia de modelos» (Figueroa 1992: 26), los elegantes y sofisticados modelos del equilibrio general de los neoclásicos son un claro ejemplo de lo que viene a ser una «teoría sin realidad» (Figueroa 1992: 21). Está históricamente demostrado que los mercados *libres y perfectos* nunca han existido ni existirán. Muchos

neoliberales desconocen la célebre crítica de Polanyi (2003) al dogma de los mercados “autorregulados” y las enseñanzas que extrajo de ello.³⁵ Sin embargo, el modelo neoliberal se aferra al agujero negro de una teoría (la neoclásica) sin respaldo real alguno, para prescribir sus políticas a través de los organismos internacionales. Así, el modelo de corte fondomonetarista que rigió la política económica latinoamericana de los años 80 y 90, para reducir la inflación atribuida al exceso de gasto público y emisión monetaria, descansaba en la falsa premisa de que el *intervencionismo* estatal en la economía constituía un obstáculo para el libre desempeño de los mercados. Una premisa similar se ha venido proclamando en años recientes con respecto a la inversión privada, si esta fuera la afectada por tal *intervencionismo*, al punto que cierta literatura especializada lo convirtió en sinónimo de «populismo económico» (p. ej. Dornbusch y Edwards 1992). Retomamos este tema en el siguiente acápite.

El fetichismo de las categorías económicas que, en términos de Marx, sirven para (y cumplen la función de) ocultar la «conexión interna» de las relaciones de explotación y entre las clases básicas, tiene su contrapartida en la noción de «máquina económica» (Meek 1980b) que se despliega sobre los individuos y la sociedad como una fuerza autónoma y exterior.

En la economía clásica esa máquina era expresada por el conjunto de las «fuerzas libres del mercado», o la «mano invisible» de Adam Smith. Constituía *el contexto*, lo dado, la sociedad o colectividad donde los individuos consiguen sus intereses y satisfacciones, o –en el decir de los neoclásicos— los fines que se propusieran racionalmente a partir de un conjunto de recursos “escasos”; lo mismo cabía decir, por simple deducción, para la misma sociedad.³⁶ En ese sentido, se estimaba que los individuos necesariamente forman parte de los engranajes de la “máquina” y esta producía sus leyes propias, similares a las fuerzas de la naturaleza, considerándose inútil e indeseable tratar de interferir sus reglas.

La consigna era entonces dejar que “la máquina” operase según sus propias fuerzas y leyes, pues de esta manera se garantizaba «el equilibrio» de los mercados a través de sutiles mecanismos, entre ellos los precios. En ese mundo el estado estacionario o el equilibrio estaban descontados, con independencia del tiempo. Sin embargo, nada garantizaba que siempre vaya a ser así.

La incorporación del instrumental matemático y estadístico que permitió revolucionar las técnicas de los economistas (economía matemática, programación lineal, econometría y otras), su difusión y ramificación en la economía, se produjo a través de varios temas, antes y después de la segunda guerra mundial (especialmente en los años 50): el perfeccionamiento y/o replanteamiento del equilibrio general walrasiano, a partir de los trabajos de Hicks y von Neumann, cada uno por separado; los modelos macroeconómicos de inspiración keynesiana de Harrod y Domar, en distintos momentos; el análisis insumo-producto realizado por Leontief para la economía americana; el problema de la elección (Dantzig), el análisis de actividad (Koopmans) y la combinación de ambas como programación lineal (Dorfman-Samuelson-Solow); la teoría de los juegos de von Neumann y Morgenstern. (Cf. Napoleoni 1968: 111-132).

Todo ese avance generó la ilusión y hasta el entusiasmo de que de esa manera se podría “al fin” (Meek *dixit*) controlar la máquina y ponerla al servicio del hombre. Los sinceros elogios con los que el profesor Meek (1980: 224 ss.) se prodigó a favor de las revolucionarias técnicas, en su lección inaugural (12 de noviembre 1964) al asumir el cargo de «Titular de la cátedra de Economía» de la Universidad de Leicester (Escocia), le impidieron prever lo que pasaría después: los economistas convirtieron a esas técnicas y métodos en el verdadero objeto de sus

preocupaciones, completando el proceso de alienación que venía dándose en la ciencia de la economía con respecto a los procesos ocultos del sistema (la «conexión interna» de Marx). El cálculo económico pasó a reinar en el lenguaje y «la visión» de la profesión; vino a ser el sucedáneo mejor acabado y la envoltura más perfecta para el fetichismo de la mercancía (el PBI y otras categorías agregadas en la macroeconomía); con lo cual, entonces, el «círculo infernal» (Bensaïd 2003: 183) en el que quedó encerrado el pensamiento económico se había completado.

De esta manera, se allanó el camino para que, de allí en adelante, y en el ámbito de la opinión pública, la realidad económica fuese explicada en función de las múltiples «conexiones aparentes», perfeccionadas con los métodos y técnicas de la «ciencia económica».³⁷

Los economistas se han olvidado, tanto en la investigación, en la enseñanza, como en el ejercicio profesional, que la economía responde y está hecha en base a relaciones sociales, relaciones políticas y correlaciones de poder, a conflictos de intereses; la abstracción de estos elementos junto a la historicidad de los mismos, sigue siendo el mayor pecado incurrido por quienes han llevado este campo del saber hacia el limbo, donde «*Monsieur le Capital y Madame la Terre*» han sido sustituidos por elegantes ecuaciones diferenciales o en diferencia finita, integrales, derivadas parciales y totales, modelos matemáticos «puros y perfectos», modelos estocásticos y/o econométricos; es decir, el mundo puesto al revés, algo verdaderamente antieconómico (Attali y Guillaume 1976) en el sentido para nosotros de realidad deformada.

La crítica de Marx a la *vulgarökonomie* sigue siendo tan actual y tan pertinente, y sus espectros nunca dejaron de rondar o de zumbar desde afuera la cabeza de los economistas. ¿Será por eso el porfiado e inútil viaje de fuga hacia las estrellas de la «ciencia económica»?

Un ejemplo muy ilustrativo es la famosa *controversia de Cambridge* –llamada en cambio «abstrusa discusión» por Dobb (1980: 271)— que enfrentó a los neoclásicos del Massachusetts Institute of Technology (Cambridge, Mass.) con los neokeynesianos (neoricardianos) de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, en torno a la teoría del capital y la distribución donde se demostró la inconsistencia lógica de las nociones de «función de producción» y «productividad marginal del capital» de los primeros.³⁸

La controversia fue suscitada por «La conclusión relativa a la asociación que cabe esperar entre la intensidad de capital en una economía y la retribución del capital» (Monza 1973: 28), conclusión extraída por Sraffa en su *Production of Commodities by Means of Commodities*, publicado en 1960 (Sraffa 1966). Lo que la profesora Robinson (1960: 120-121) había expuesto inicialmente como un «fenómeno curioso», sin pretender llamar mucho la atención,³⁹ con Sraffa quedó expuesto como un «caso anómalo»: la cuestión del redesplazamiento (*reswitching*) de las técnicas de producción, cuestión que ponía en el tapete la medición del capital como un serio problema, imbricado estrechamente con la lógica de construcción de la función de producción agregada. Como la contrapartida de dicho redesplazamiento era una reducción en la tasa de beneficio, a su vez asociada con una relación capital-trabajo menor, se denominó a estas expresiones «reversión de capital».⁴⁰

La controversia quedó registrada en los números de febrero 1965 y noviembre 1966 del *Quarterly Journal of Economics*, principalmente en el segundo.⁴¹ Cabe decir que el trabajo de Sraffa fue precedido por la edición que hizo –a comienzos de los años 50— de la obra y correspondencia de David Ricardo (Sraffa 1958-1965), lo cual permitió la rehabilitación desde el olvido de la economía clásica, muy especialmente del sistema ricardiano.⁴² Desde entonces

empezó a abogarse a favor de una «integración teórica» de los «modelos de Cambridge» con la «teoría marxista». (cf. Braun 1973: 9).

La economía (tradicional y moderna) nunca pudo liberarse de la dicotomía –o dualismo, si se quiere— en la que se halla atrapada: de un lado, las relaciones (micro) económicas per se, sean estas de producción o circulación; de otro, el conjunto de los mercados libres y espontáneos o de cualquier ente que se les asemeje (la máquina), donde dichas relaciones se realizan y la conducta de los individuos, socialmente considerados, desencadenan efectos unos sobre otros bajo una aparente anarquía. La única manera de mantener en correspondencia tal dicotomía era mediante el postulado metafísico y trascendente de las «armonías universales». Esto implica una determinada ontología del ser humano, concebido como un “autómata” y, por ende, un ser alienado.

De lo dicho anteriormente, desprendemos dos connotaciones de la noción de «máquina económica». La primera viene a ser el conjunto social, la totalidad de relaciones sociales además de las “estrictamente” económicas. La segunda tiene que ver con todas las cosas, objetos, recursos y mercancías; vale decir, el conjunto de la producción material, por ende social, la diversidad de bienes y servicios, y la naturaleza. En términos de Marx, podríamos sintetizar este abigarrado y heterogéneo conjunto con el nombre de *trabajo social*.

En nuestros tiempos actuales todos los componentes mencionados de «la máquina», en el sentido clásico del término, son apropiados y controlados por fuerzas muy superiores y poderosas a las existentes en el pasado; es decir, *otra máquina* aun más compleja que presenta una forma más acabada y de contornos más definidos, y se nos presenta como **sistema histórico**, compuesto por el «Estado nación», el sistema interestatal, la corporación gigante, los organismos internacionales que prefiguran un sistema de gobierno mundial, pero que responden a los designios de algunas grandes potencias industriales y, entre ellas, a los intereses de la única superpotencia sobreviviente aunque en franco declive (los Estados Unidos de América). Este sistema, al mismo tiempo tan perfecto y destructivo, ha llevado a su propia crisis civilizatoria.⁴³

Para Marx, por contraste, el contexto («la máquina») venía a ser la totalidad del sistema económico y socio político (la civilización del capital), históricamente determinado, que debía ser explicado –y transformado— a partir del desarrollo de sus más íntimas y secretas conexiones e interrelaciones. No fue por eso gratuito cuando, en su célebre Prólogo a la *Contribución* de 1859, al reseñar sus trabajos y su propia evolución intelectual, entre los años 40 y ese momento, afirmó que «la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política.» (Marx 1973: 8).

Indudablemente, haberse sumergido en lo más recóndito que había detrás (o por debajo) del «fetichismo de la mercancía» fue lo que permitió que Marx desarrolle los rasgos más siniestros de esa anatomía, y convenimos con Bensaïd: «Efecto del fetichismo, la alienación se vuelve un concepto histórico y ya no antropológico.» (Bensaïd 2003: 346).

Creemos por ello que desde la alienación como concepto histórico, así como desde la comprensión del capital como relación social y de poder, podemos emprender el camino de retorno para explicar la globalización, la sociedad actual y el Estado contemporáneo, cuestiones que en el programa de investigación de Marx quedaron por hacer.

El fetichismo del crecimiento

*Durante los pasados siete años, nuestra tasa de crecimiento ha descendido inquietantemente. En los tres años y medio últimos, la brecha entre lo que podemos producir y lo que producimos ha amenazado con convertirse en crónica... Son objetivos realistas para 1961 el invertir la tendencia a la baja en nuestra economía, reducir la brecha de potencial no utilizado, abolir el despilfarro y la miseria causada por el paro... Para 1962 y 1963 nuestros programas deben dirigirse a la expansión de la capacidad productiva americana a un ritmo que demuestre al mundo el vigor y la vitalidad de una economía libre.*⁴⁴

Después de la segunda guerra mundial el capitalismo tuvo un periodo esplendoroso de recuperación y crecimiento, que en la literatura fue conocido como «los 25 años gloriosos» (de 1950 a 1975) y que nunca más se volvieron a repetir.⁴⁵ En la opinión pública y los ámbitos académicos, la popularidad que gozaba la teoría keynesiana obedecía en buena medida a la cuota de *realismo* que aportaba para resolver los acuciantes problemas suscitados con la depresión, principalmente el paro cuya persistente gravedad constituía una potencial amenaza política para el sistema.

Dicho *realismo* tal vez contradiga los cánones schumpeterianos, de que toda teoría económica que se precie de serlo, o para que fuese valorada como “ciencia”, tiene que ser al mismo tiempo *teoría pura*, «ciencia exacta», «conocimiento instrumentalizado» (cualquiera de estas expresiones).⁴⁶ La amplia aceptación de las prescripciones de política keynesiana indicaba a las claras que los gobiernos occidentales, y sus respectivas sociedades, demandaban de los economistas menos debate doctrinario y más instrumentos para manejar y administrar racionalmente los ciclos económicos.⁴⁷

En la segunda mitad de los años 40 se crearon las instituciones internacionales para la regulación del comercio y las finanzas mundiales, en aplicación de los acuerdos de la conferencia de Bretton Woods (New Hampshire, julio de 1944) que reunió a delegaciones de 44 países. Esas instituciones son el Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial y Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT); las dos primeras en 1945 y la tercera en 1948, que en 1994 fue sustituida por la Organización Mundial de Comercio (OMC).⁴⁸ En tal sentido, para nosotros, fueron años de transición; es decir, de reconfiguración de las relaciones económicas y de las alianzas de poder a nivel internacional, tras los años terribles (de 1914 a 1945) de las dos guerras mundiales y, en el ínterin, la gran depresión. A través de dichas instituciones la indiscutible hegemonía norteamericana lideró la segunda ola globalizadora del capitalismo.⁴⁹ La primera ola había ocurrido en el periodo de 1870-1914 bajo supremacía británica (Parodi 2005: 61-85).

Es importante señalar que hubo factores más amplios, históricamente hablando, cuya confluencia permitió establecer las condiciones dentro de las cuales pudo desenvolverse el capitalismo histórico de posguerra. Estos factores históricos fueron:

A] El poderío industrial, tecnológico, financiero y militar de los Estados Unidos, y su supremacía en el mundo capitalista luego de finalizada la segunda guerra;

B] La convivencia con la Unión Soviética y el resto de países de la Cortina de Hierro, sustentada en una nueva versión de la *balanza de poder* (Polanyi 2003);

C] A diferencia del siglo XIX, esta balanza de poder no descansaba en la *haute finance*,⁵⁰ sino -y sobretodo- en un sutil equilibrio estratégico etiquetado de «guerra fría» (léase: carrera

armamentista), pero -al igual que en el XIX- era la amenaza de guerra «la que imponía su ley a los negocios» (Polanyi 2003: 58);⁵¹

D] No menos importante, un poderoso factor asociado con la *larga duración* dentro de la cual quedó comprendida la «edad de oro»: la revolución tecnológica propiciada por el desarrollo del motor de explosión en 1939.

De 1945-1950 y hasta 1971-1973 (según como se vea), fue el periodo en que surgieron los temas y debates alrededor del crecimiento y desarrollo. Durante un buen tiempo, ambos asuntos, tanto en la academia como en las esferas de gobierno, estuvieron forzosamente vinculados con los problemas del desempleo y el paro –como se puede constatar en la cita con la que iniciamos este acápite— pues su reducción tenía mucho que ver con el protagonismo de la inversión pública y el gasto estatal en el marco de políticas fiscales activas y contracíclicas en el sentido de reducir el riesgo de nuevas depresiones.

Esa asociación entre activismo (o *intervencionismo*) estatal en la economía, crecimiento y reducción del desempleo, que fuera parte del compromiso político entre las fuerzas del capital y del trabajo, institucionalizado en el régimen del *Welfare State*,⁵² quedó rota con la insurgencia de la contraofensiva (o contrarreforma) neoliberal que fue estimulada por las grandes perturbaciones que experimentó el capitalismo desde la segunda mitad de los años 60, y que son incomprensibles si se abstraen del marco de la acelerada globalización financiera y su principal subproducto, la *financierización*.

De ahí en adelante el tema del crecimiento quedó estrechamente relacionado con la libre circulación y/o movilidad de capitales y recursos de inversión por todo el globo. Asimismo, en términos keynesianos, la articulación estructural entre la economía real y la economía monetaria, pasó a depender de expectativas puramente especulativas (léase: percepción de los inversionistas con respecto a los retornos de sus inversiones). En términos de Marx, el ciclo del capital dinero ($D-D'$) se fue autonomizando con respecto a la fórmula general del capital ($D-M-D'$), y la acumulación en base al capital financiero o especulativo pasó a dominar la acumulación global, rompiendo de esa manera la unidad del proceso de reproducción que exhibía el periodo clásico del capitalismo. A nuestro juicio, todo esto está en la base de la reciente crisis financiera internacional (Romero 2008c).⁵³

En las últimas décadas del siglo XX el delirio economicista, instrumentado y ejecutado mediante políticas económicas, en distintas partes del mundo, alcanzó el paroxismo si se recuerda las «burbujas financieras» alimentadas por capitales especulativos con la aquiescencia de gobiernos y organismos internacionales que luego –gracias a esta permisividad— estallaron en los llamados países emergentes (los “tigres” del Asia) y más recientemente (2007-2008) en Wall Street, la meca financiera del capitalismo imperialista.

Esta última crisis, la más grave desde los años 30, no solo ha venido repercutiendo en el mundo super desarrollado, industrializado y tecnificado; sus repercusiones son igualmente de alcance mundial comprometiendo las bases mismas con las que funciona el sistema. Empero, a esta crisis capitalista se la pretende resolver con más capitalismo, más crecimiento y más inversiones, como si medio siglo de aplicación de los modelos de Harrod y Domar no hubiese convencido, a los economistas y a los políticos que les creen, acerca de la inutilidad de sus postulados y premisas.

«El fetiche de la inversión financiada con la ayuda nos ha extraviado en nuestra búsqueda del crecimiento durante cincuenta años. El modelo debe ser sepultado ya. Debemos eliminar totalmente el concepto del déficit financiero con su espuria precisión sobre cuanta ayuda necesita un país. No debemos intentar estimar cuanta inversión “requiere” un país para lograr cierta tasa de crecimiento, porque no existe un modelo económico que pueda abordar esta cuestión.» (Easterly 2003: 42).

La «inversión privada» y/o la «inversión extranjera» en general han sustituido en tiempos recientes a la “ayuda” y toda forma de inversión pública, convertidas así en nuevos fetiche. El concepto o enfoque del «déficit financiero» fue la aplicación práctica de los modelos de crecimiento ideados por Harrod (1939) y Domar (1946) —de ahí su asociación— siendo utilizado con profusión por los economistas de las «instituciones financieras internacionales» (Banco Mundial, FMI, BID, Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo) desde los años 50.

Si bien se reconoce que dicho enfoque ha desaparecido en la literatura especializada, «su espíritu sigue vivo» (Easterly 2003: 33). Este autor no está cuestionando el paradigma del crecimiento sino el modelo comúnmente utilizado para proyectarlo, con el cual se pretendía —al mismo tiempo— dar orientaciones a la política macroeconómica.

Dentro de tal contexto (es decir, en el lenguaje y la lógica de los modelos) «el fetiche de la inversión» expresa la creencia generalizada —convertida en acto de fe— de los economistas que atribuyen a ese factor la causa última para conseguir el ansiado crecimiento de la variable que se quiere medir (el PBI o el ingreso *per capita*). Una frase tan recurrente en los discursos de los políticos y gobernantes: «la inversión genera crecimiento y empleo» es una expresión de ese fetichismo, de similar calibre al poder (fantasmagórico y sobrenatural) de los automatismos del mercado «puro y perfecto».

En el Perú, el campeón de esos delirios que rayan con el fanatismo disfrazado de «optimismo, confianza y fe» en la recuperación y crecimiento del sistema, es el propio presidente Alan García a través de sus mensajes, escritos, declaraciones y discursos. Sus opiniones neoliberales las hemos comentado críticamente en otros lugares (Romero 2008b: 21-27 y Romero 2009). Podemos asociar esa fe ciega hacia el crecimiento con lo que Easterly (2003: 45) llama el «fundamentalismo del capital» y Mészáros (2008) identifica con la creencia en la «expansión infinita del capital».

La aplicación porfiada del recetario neoliberal, así como las ansias de crecimiento sin restricciones, han venido ocasionando verdaderas catástrofes (pobreza, informalidad, subempleo, marginalidad, desigualdades e inequidades, destrucción de la naturaleza) a la mayoría social en los países latinoamericanos.

Terminamos planteando una tesis y una larga pregunta. Desde que se formularon en los años 70 conservan una inquietante actualidad:

«Dominación y crecimiento se hallan estrechamente relacionados. ¿Todos los esfuerzos para trabajar y producir todavía más, dentro del sistema actual, son realmente compatibles con los equilibrios fundamentales de la especie humana, o bien nos alienan y nos llevan hacia la más absurda de las muertes, aplastados por nuestra propia fuerza?» (Attali y Guillaume 1976: 165).

REFERENCIAS

Attali, Jacques; Marc Guillaume (1976). **El Antieconómico**. Barcelona: Editorial Labor.

Bensaïd, Daniel (2003) [1995]. **Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica.** Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Böhm-Bawerk, Eugen von (1986) [1884]. **Capital e interés. Historia y crítica de las teorías sobre el interés.** México: FCE, 2^a ed.

Boron, Atilio (1997). **Estado, capitalismo y democracia en América Latina.** Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 3^a ed.

Boron, Atilio (2001). «El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo», en **Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre** (José Seoane; Emilio Taddei, compiladores). Buenos Aires: CLACSO, p. 31-60.

Boron, Atilio (2006). «Por el necesario (y demorado) retorno al marxismo», en **La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas** (Atilio Boron; Javier Amadeo; Sabrina González, compiladores). Buenos Aires: CLACSO, p. 35-52.

Boron, Atilio (2009). «Los 7 *ensayos* de Mariátegui: hito fundacional del marxismo latinoamericano». Estudio preliminar al libro: *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual). www.atilioboron.com/2009/08/mariategui-de-regreso.html (4 de agosto).

Bourdieu, Pierre (1998). «La esencia del neoliberalismo». *Le Monde* (diciembre), www.analitica.com/bitblo/bourdieu/neoliberalismo.asp

Braun, Oscar, comp. (1973). **Teorías del capital y la distribución.** Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

De Althaus, Jaime (2007). **La revolución capitalista en el Perú.** Lima: Fondo de Cultura Económica.

Derrida, Jacques (1998). **Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional.** Madrid: Editorial Trotta. (Primera edición francesa, 1993).

Deutscher, Isaac (1975) [1966]. **Ironías de la Historia.** Barcelona: Península, 2a. ed.

Dobb, Maurice (1973). «El sistema de Sraffa y la crítica de la teoría neoclásica de la distribución», en Oscar Braun, op. cit., p. 361-377. Originalmente publicado en *De Economist* N° 4, 1970.

Dobb, Maurice (1980). **Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica.** México: Siglo XXI, 4^a ed.

Domar, Evsey (1946). «Capital Expansion, Rate of Growth and Employment». *Econometrica* 14 (abril), p. 137-147.

Dornbusch, Rüdiger; Sebastián Edwards, compiladores (1992). **Macroeconomía del populismo en la América Latina.** México: FCE.

Dumont, Fernand (1972). **La dialéctica del objeto económico.** Barcelona: Península.

Dussel, Enrique (1998). «El programa científico de investigación de Karl Marx (ciencia social funcional y crítica)», en **Los retos de la globalización. Ensayos en Homenaje a**

Theotonio Dos Santos (Francisco López Segrera, editor). Caracas: UNESCO. Disponible en: www.biblioteca.clacso.edu.ar

Easterly, William (2003). **En busca del crecimiento. Andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo.** Barcelona: Antoni Bosch editor.

Ferrer, Oriol (2003). «Fundamentos de la crisis del modo de producción capitalista». *Rebelión*, sección La Izquierda a debate (26 de junio), www.rebelion.org/izquierda/030626ferrer.htm#

Figueroa, Adolfo (1992). **Teorías económicas del capitalismo.** Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Gil De San Vicente, Iñaki (2003). «La obra de Carlos Marx y Federico Engels frente al Siglo XXI». I Conferencia Internacional: "La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI". La Habana, 5-8 de mayo. www.nodo50.org/cubasingloXXI/congreso/gil_10abr03.pdf

Grüner, Eduardo (2006). «Lecturas culpables. Marx(ismos) y la praxis del conocimiento», en **La teoría marxista hoy**, op. cit., p. 105-147.

Harrod, Roy (1939). «An Essay in Dynamic Theory». *Economic Journal* Vol. XLIX (abril), p. 14-33.

Harrod, Roy (1958). **La vida de John Maynard Keynes.** México: FCE.

Hartcourt, G. C. (1969). «Some Cambridge Controversies on the Theory of Capital», *Journal of Economic Literature*, t. VII, N° 3 (junio).

Hobsbawm, Eric (2004). **Historia del siglo XX, 1914-1991.** Barcelona: Crítica, 2^a ed.

Hobsbawm, Eric (2008). «La crisis del capitalismo y la importancia actual de Marx 150 años después de los Grundrisse». Entrevista de Marcello Musto. *Sin Permiso* (28 de septiembre), www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2081

Husson, Michel (2007). «Leer hoy "El Capital" de Marx». *Correspondencia de Prensa*, dossier N° 38 (julio), <http://hussonet.free.fr>

Katz, Claudio (2002). «La actualidad de la teoría objetiva del valor». *Laberinto* N° 9 (mayo), <http://laberinto.uma.es>

Keynes, John Maynard (1965) [1936]. **Teoría general de la ocupación, el interés y del dinero.** Bogotá: FCE, 2^a ed.

Keynes, John Maynard y otros (1972). **Crítica de la economía clásica.** Barcelona: Ariel, 3^a ed.

Korsch, Karl (1981) [1967]. **Karl Marx.** Barcelona: Ariel, 2^a ed.

Kosík, Karen (1967) [1963]. **Dialéctica de lo concreto.** México: Grijalbo.

Kuhn, Thomas (1971) [1962]. **La estructura de las revoluciones científicas.** México: FCE (varias reimpresiones).

Lakatos, Imre (1989). **La metodología de los programas de investigación científica**. Madrid: Alianza Editorial.

Lebowitz, Michael (2004). «Ideología y desarrollo económico». Ponencia presentada en el Sexto Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y los problemas del Desarrollo. La Habana, 9-13 de febrero, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/tar118/lebo.rtf>

Lekachman, Robert (1970). **La era de Keynes**. Madrid: Alianza Editorial.

Lukács, Georg (1975) [1919]. «¿Qué es marxismo ortodoxo?», en **Historia y conciencia de clase**. Barcelona: Grijalbo, 2^a ed., p. 1-28.

Lander, Edgardo (2006). «Marxismo, eurocentrismo y colonialismo», en **La teoría marxista hoy**, op. cit., p. 209-243.

Lange, Oskar (1966). **Economía Política (I). Problemas generales**. Bogotá: FCE.

Marx, Karl (1973) [1859]. **Contribución a la crítica de la economía política**. Buenos Aires: Ediciones Estudio.

Marx, Karl (1974a). [1847]. **Miseria de la Filosofía**. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Karl (1974b) [cuadernos VI-XV y XVIII de los Manuscritos de 1861-1863]. **Teorías de la plusvalía**. Tomo II. Madrid: Alberto Corazón Editor (en base a la edición de Kautsky de 1905-1910).

Marx, Karl (1975) [1862-1874]. **Cartas a Kugelman**. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

Marx, Karl (1988) [1867]. **El Capital. Crítica de la economía política**. Tomo I/Vol. 1/Libro primero: El proceso de producción de capital. México: Siglo XXI, 17^a ed.

Marx, Karl [Friedrich Engels] (1982a) [Manuscritos de 1863-1865]. **El Capital. Crítica de la economía política**. Tomo III/Vol. 6/Libro tercero: El proceso global de la producción capitalista. México: Siglo XXI, 5^a ed.

Marx, Karl [Friedrich Engels] (1982b) [Manuscritos de 1863-1865]. **El Capital. Crítica de la economía política**. Tomo III/Vol. 7/Libro tercero. México: Siglo XXI, 5^a ed.

Marx, Karl [Friedrich Engels] (1981) [Manuscritos de 1863-1865]. **El Capital. Crítica de la economía política**. Tomo III/Vol. 8/Libro tercero. México: Siglo XXI.

Meek, Ronald (1972) [1967]. «La decadencia de la economía ricardiana en Inglaterra», en R. Meek, **Economía e ideología y otros ensayos**. Barcelona: Ariel.

Meek, Ronald (1977). «La revolución marginal y sus consecuencias», en **Crítica de la teoría económica** (E. K. Hunt y J. G. Schwartz, compiladores). México: FCE, p. 83-96. Originalmente publicado en R. Meek, *Studies in the Labour Theory of Value*, Lawrence & Wishart, 1956.

Meek, Ronald (1980a). «Marginalismo y Marxismo», en R. Meek, **Smith, Marx y después. Diez ensayos sobre el desarrollo del pensamiento económico**. Madrid: Siglo XXI, p. 204-217. Originalmente publicado en *History of Political Economy*, 4, 1972.

Meek, Ronald (1980b). «Ascenso y caída del concepto de máquina económica.», en R. Meek, **Smith, Marx y después**, op. cit., p. 218-233.

Mehring, Franz (1983). **Carlos Marx, historia de su vida**. México: Grijalbo. (Primera edición española, Barcelona, 1967).

Mészáros, István (2008). «El socialismo en el siglo XXI» (Segunda parte de “La única economía viable”). *Herramienta* N° 37, marzo, www.herramienta.com.ar

Musto, Marcello (2006). «Vuelve Marx, el autor mal conocido». *Sin Permiso* (17 de diciembre), www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=919

Monza, Alfredo (1973). «Nota introductoria a la reciente controversia en teoría del capital», en Oscar Braun, op. cit., p. 19-30. Originalmente publicado en *El Trimestre Económico* N° 155, julio-septiembre 1972.

Napoleoni, Claudio (1968). **El pensamiento económico en el siglo XX**. Barcelona: oikos-tau, 2^a ed.

Parodi Trece, Carlos (2005). **Globalización: ¿de qué y para qué? Lecciones de la historia**. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP).

Polanyi, Karl (2003) [1944]. **La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo**. México: FCE, 2^a ed.

Ribera, Ricardo (2006). «¿Qué Marx se leerá durante el siglo XXI?» *ElFaro.Net*, (6 y 27 de marzo), www.elfaro.net/Secciones/opinion

Ricardo, David (1973) [1817]. **Principios de economía política y tributación**. Madrid: Editorial Ayuso.

Robinson, Joan (1960) [1956]. **La acumulación de capital**. Bogotá: FCE.

Romero, Antonio (2008a). «Teoría económica y ciencias sociales: alienación, fetichismo, colonización». *Apuntes Revista de Ciencias Sociales*, N° 56/57 (julio). Lima: CIUP, p. 115-138. Disponible en <http://rcci.net/globalizacion/2008/fg740.htm>

Romero, Antonio (2008b). «Falacias del Neoliberalismo en el Perú». *Socialismo y Participación* N° 105 (octubre). Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, p. 13-34.

Romero, Antonio (2008c). «Un marco crítico para comprender la actual crisis financiera». *Globalización* (noviembre), [www.rcci.net/globalizacion/2008/fg787.htm](http://rcci.net/globalizacion/2008/fg787.htm)

Romero, Antonio (2009). «Desarrollo autocentrado. Debate desde la concepción materialista». *ALAI América Latina en Movimiento*, 2009-04-13, <http://alainet.org/active/29876&lang=es>

Roncaglia, Alessandro (1977). «The Sraffa Revolution», en **Modern Economic Thought** (Sidney Weintraub, ed.). Oxford: Basil Blackwell, p. 163-177.

Sánchez Vázquez, Adolfo (2003) [1967]. **Filosofía de la praxis**. México: Siglo XXI.

Schumpeter, Joseph (1971a). **Historia del Análisis Económico** (Tomo I). México: FCE.

Schumpeter, Joseph (1971b). **Historia del Análisis Económico** (Tomo II). México: FCE.

Schumpeter, Joseph (1983) [1910-1950]. **Diez grandes economistas: de Marx a Keynes**. Madrid: Alianza Editorial, 5^a ed.

Soler Alomà, Jordi (2004). «Sociedad y alienación: vigencia de los planteamientos de Marx en el análisis del mundo actual». II Conferencia Internacional: "La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI". La Habana, 4-8 de mayo, www.nodo50.org/cubasigloXXI/congreso04/soler_060404.pdf

Sraffa, Piero (1958-1965) [1951]. «Introducción» a **Obras y correspondencia de David Ricardo**. México: FCE.

Sraffa, Piero (1966) [1960]. **Producción de mercancías por medio de mercancías. Preludio a una crítica de la Teoría Económica**. Barcelona: oikos-tau.

Stiglitz, Joseph (2003). «Prólogo» al libro de Polanyi, op. cit., p. 9-19.

Stuart Mill, John (1951) [1848]. **Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social**. México: FCE, 2^a ed. (varias reimpresiones).

Sweezy, Paul (1972). «La aportación de Keynes al análisis del capitalismo», en Keynes y otros, **Crítica de la economía clásica**, op. cit., p. 78-89. Originalmente publicado en *Science & Society*, octubre 1946.

NOTAS

1. El autor desea agradecer al Dr. Jürgen Schuldt, profesor principal de la Universidad del Pacífico, por sus comentarios al borrador de avance de este trabajo.

2. Economista peruano (Universidad Ricardo Palma, Lima). Colaborador de Globalización.

3. La tesis de la distancia con la realidad ya había sido expuesta -en otro contexto- por la economista de Cambridge, Joan Robinson: «[...] los economistas durante los últimos cien años, han inmolado la teoría dinámica para discutir los precios relativos. Esto ha sido desafortunado, primero porque el supuesto de condiciones estáticas generales es un alejamiento tan drástico de la realidad, que hace imposible someter a la prueba de la verificación cualquier cosa desarrollada partiendo de él; y segundo, porque excluyó el estudio de la mayor parte de los problemas que son realmente interesantes y condenó a la economía al árido formalismo satirizado por J. H. Clapham en su artículo "Sobre las cajas económicas vacías".» (Robinson 1960: 7). Si desde hace «cien años» viene ocurriendo lo que la autora señalaba en su momento, entonces el "alejamiento tan

drástico de la realidad" se hizo sobradamente evidente cuando estalló la crisis financiera en octubre 2007 con la implosión de la burbuja surgida de la propagación de los derivados crediticios (papeles tóxicos) en el mercado de hipotecas norteamericano.

4. Prólogo de Marx a la 1^a edición alemana de *El Capital*, 25 de julio de 1867 (Marx 1988: 7).

5. Engels, «Prólogo» al Libro tercero de *El Capital*, 4 de octubre de 1894 (Marx 1982a: 4).

6. En América Latina el mejor ejemplo del marxismo «racional y abierto» sigue siendo el pensamiento y la actividad desplegada por José Carlos Mariátegui, junto al cual Boron (2009) reivindica también al cubano Julio Antonio Mella.

7. Usualmente se tiende a confundir e identificar praxis con «práctica social» o con el simple empirismo, lo cual es una deformación -y de paso, una vulgarización- del sentido original que le dio Marx. La mejor lectura sobre el tema sigue siendo Kosík (1967) y Sánchez Vázquez (2003).

8. «Aquí se expresa, efectiva y notoriamente, la actualidad de Marx: la de la privatización del mundo, la del fetichismo capitalista y de su fuga mortífera en la frenética aceleración de la búsqueda de ganancias y en la insaciable conquista de espacios sometidos a la ley impersonal de los mercados. [...] La 'crítica de la economía política' hecha en *El Capital* sigue siendo, sin duda, la lectura fundacional de los jeroglíficos de la modernidad y el punto de partida de un programa de investigación que aún no se agotó.» (Bensaïd 2003: 5). Acerca de este programa de investigación, cf. Dussel (1998). Sobre la actualidad de Marx, sugerimos algunas lecturas adicionales: Gil De San Vicente (2003); Hobsbawm (2008); Husson (2007); Katz (2002); Musto (2006); Ribera (2006); Soler (2004).

9. «[...] en *El Capital* (y ya en la Aportación a la crítica de la economía política, de 1859) Marx da a su crítica económica una significación más profunda y general mediante la reducción de todas las demás categorías alienadas de la economía al carácter de fetiche de la mercancía.» (Korsch 1981: 131). Y más adelante: «Marx ha rebasado realmente en su nueva teoría todas las formas y fases de la economía y de la teoría social burguesas precisamente porque ha revelado que todas las categorías económicas sin excepción forman un único y gran fetiche.» (Korsch 1981: 131-132).

10. «En capital-ganancia o, mejor aun, capital-interés, suelo-renta de la tierra, trabajo-salario, en esta trinidad económica como conexión de los componentes del valor y de la riqueza en general con sus fuentes, está consumada la mistificación del modo capitalista de producción, la cosificación de las relaciones sociales, la amalgama directa de las relaciones materiales de producción con su determinación histórico-social: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza donde Monsieur le Capital y Madame la Terre rondan espectralmente como caracteres sociales y, al propio tiempo de manera directa, como meras cosas.» (Marx 1981: 1056).

11. «La determinación del valor por la duración del trabajo es "un secreto oculto bajo el movimiento aparente de los valores de las mercancías".» (Bensaïd 2003: 354).

12. «De hecho, la economía vulgar no hace otra cosa que interpretar, sistematizar y apologizar doctrinariamente las ideas de los agentes de la producción burguesa, prisioneros de las relaciones burguesas de producción. No nos puede maravillar, por ende, que precisamente en la forma enajenada de manifestación de las relaciones económicas, donde estas prima facie [AR: apariencias] son contradicciones absurdas y consumadas -y toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente--, que precisamente aquí, decíamos, la economía vulgar se sienta perfectamente a sus anchas y que esas relaciones se le aparezcan como tanto más evidentes cuanto más escondida esté en ellas la conexión interna.» (Marx 1981: 1041). Véase también la nota 32 en el Libro primero de *El Capital* (Marx 1988: 98-99). La cita que insertamos al final del párrafo proviene de esta fuente.

13. «Los economistas [...] Separados de las realidades del mundo económico y social por su existencia y sobre todo por su formación intelectual, las más de las veces abstracta, libresca y teórica, están particularmente inclinados a confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.» (Bourdieu 1998).

14. Paul Sweezy (1972: 78) empleaba el rótulo de "neoclásicos" para referirse a Alfred Marshall y sus seguidores; Joan Robinson lo utilizó para referirse a Jevons y los austriacos (Dobb 1980: 270).

15. En una nota a pie de página, Dobb (1980: 111) citando a Ronald Meek en su *Economics and Ideology and Other Essays*, Londres, 1967, p. 52, quien a su vez se apoya en Marx, se señala el año de 1830 como «el fin de la economía ricardiana». Véase también el final de la nota 7 en la misma fuente (Dobb 1980: 114). La referencia del año 1830 y el relato del debate se encuentra en el ensayo «La decadencia de la economía ricardiana en Inglaterra» (Meek 1972).

16. «Al limitar, como lo hizo, el término "ciencia" al razonamiento abstracto, y dejar la fijación de su relación con las condiciones reales a lo que él en otro lado llama "la sagacidad de la conjectura", Mill ejerció sin duda una profunda influencia en el carácter posterior de los escritos económicos en Inglaterra.» (Introducción de W. J. Ashley a la edición inglesa de 1909, en Mill 1951: 18). La opinión de Dobb también es coincidente: «En su época fue por cierto considerado como la encarnación de la ortodoxia ricardiana; y a partir de 1848 y hasta la aparición de Marshall, sus *Principles of Political Economy with some of their Applications to Social Philosophy* ocuparon un lugar único como libro de texto aceptado sobre el tema.» (Dobb 1980: 137). No menos importante es esta opinión de Meek: «Desde el punto de vista del desarrollo del pensamiento económico, la importancia real del sistema de Mill se encuentra en la medida en que las ideas de los oponentes de Ricardo estaban incorporadas en él mismo, lo que allanaba el camino al desarrollo subsecuente de estas ideas.» (Meek 1977: 84).

17. Obras de Proudhon que fueron conocidas por Marx (1974a): ¿Qué es la propiedad? (1840), *Filosofía de la Miseria o sistema de las contradicciones económicas* (1846). A diferencia de la acerba y "demoledora" crítica de Marx, Böhm-Bawerk valoró la segunda de las mencionadas, elogiándola «por la claridad de sus intenciones y por su brillante dialéctica» (Böhm-Bawerk 1986: 382). La opinión de Schumpeter sobre la misma obra fue distinta: «Y estamos interesados en su economía solamente porque ofrece un ejemplo excelente de un tipo de razonamiento que se encuentra con

lamentable frecuencia en una ciencia sin prestigio...» (Schumpeter 1971a: 402). Por «ciencia sin prestigio» Schumpeter se refería a la filosofía hegeliana.

18. Sobre la participación de Marx y sus colaboraciones para el periódico de Colonia, véase Mehring (1983: 42-62). En 1845 emprendió con Engels su primer viaje a Inglaterra, de 6 semanas de duración, donde «pudo sondear más concienzudamente las obras de los economistas ingleses» (Mehring 1983: 121).

19. En ese sentido, Marx fue consecuente con uno de sus pensamientos de juventud. Al respecto, en su carta a Arnold Ruge, publicada en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (febrero de 1844) señala: «La filosofía se ha secularizado. [...] Pero si la construcción del futuro y la creación acabada y definitiva para todos los tiempos no es cosa nuestra, no podemos vacilar un momento acerca de nuestro deber de la hora: la crítica despiadada de cuanto existe, despiadada incluso en la ausencia de preocupación por los resultados a que conduce y por el conflicto con los poderes existentes.» (Marx citado en Mehring 1983: 72). Por otro lado, Marx fue considerado «el único gran epígonos de Ricardo» (Schumpeter citado por Dobb 1980: 160). Juicios como estos, que ponen en relación de continuidad a Marx con relación a Ricardo, omiten con frecuencia que *El Capital* es al mismo tiempo una obra de ruptura, que fue elaborada en base a la «crítica de la economía política» (*Kritik der politischen Oekonomie*), tal como fue subtitulada esa obra magna por su autor.

20. Refiriéndose a las ciencias nacidas de la praxeología como ramas especializadas (análisis operacional, programación, cibernetica), Lange concluye: «[...] aplicadas en las condiciones del modo de producción socialista, pueden constituir un poderoso instrumento para reforzar la racionalidad económica social del proceso de la producción y de la distribución. Por esto, la praxeología y, sobre todo, ciertas ramas de la misma, como el análisis operacional y la ciencia de la programación, revisten una gran importancia para la planificación de la economía socialista. Después de la contabilidad por partida doble y del cálculo de los balances y después del establecimiento de los balances a escala social, es posible que estas ciencias representen la tercera gran etapa histórica en el desarrollo de los instrumentos metodológicos de la actividad económica racional.» (Lange 1966: 183). Desconocemos si esa «tercera gran etapa» alguna vez ocurrió porque el sistema socialista de corte burocrático, autoritario e hipercentralizado, en lo que fue la URSS y los países de la Cortina de Hierro, colapsó y desapareció; acontecimiento con el que se cerró el agitado, convulsionado y "corto" siglo XX (Hobsbawm 2004).

21. «Afortunadamente no queda nada que aclarar en las leyes del valor, ni para los escritores actuales ni para los del porvenir: la teoría está completa.» (Mill 1951: 386; también Dobb 1980: 145).

22. En Romero (2008b: 14-18) mostramos la relación genética -intelectualmente hablando- entre liberalismo y neoliberalismo. Para un examen crítico del pensamiento político de los neoliberales en materia de Estado y democracia, representado en la obra de Milton Friedman, véase Boron (1997), cap. III.

23. Para una discusión de los méritos y aportes de Keynes, cf. Keynes y otros (1972).

24. «En economía, ésta es la evolución normal de una idea original: A partir de su autor, pasa a otros economistas; de estos economistas a los libros de texto, y, finalmente, de los libros de texto, a la política de los gobiernos democráticos.» Prólogo de Robert Lekachman a Keynes y otros (1972: 8).

25. El proceso está descrito en Meek (1977) a través del examen de las obras de Mill, Jevons, Marshall, Walras y Pareto.

26. «[...] habría que admitir no sólo que la formación matemática de Marshall contribuyó al brillante resultado que obtuvo en el campo de la teoría económica, sino también que fue precisamente el empleo efectivo de los métodos del análisis matemático lo que produjo tal resultado, y que sin dichos métodos difícilmente podría haber conseguido transformar el legado de Smith, Ricardo y Mill en un mecanismo moderno de investigación.» (Schumpeter 1983: 141). Sobre la exaltación de los Principios de Marshall, cf. Schumpeter (1971b: 73-79). Al comentar la trascendencia de la obra de Walras, señaló: «Es el jalón más notable que aparece en la ruta que recorre la economía en la dirección que cristaliza en una ciencia exacta o rigurosa [...].» (Schumpeter 1971b: 68). Respecto de su propia concepción de ciencia como sinónimo de «conocimiento instrumentalizado», cf. Schumpeter (1971a: 23-27).

27. Sobre la personalidad de Marshall como teórico: «[...] no confundía la excelencia en economía con la habilidad para manejar símbolos, y daba toda la importancia del caso a la necesidad de estudiar las instituciones y a la dificultad de llegar a comprender su modo interno de funcionar.» (Harrod 1958: 172).

28. Carta de Keynes a Bernard Shaw, 1º enero 1935, en Harrod (1958: 530).

29. El corchete [Ricardo] ha sido añadido por nosotros.

30. «Marshall pensaba que los principios fundamentales de la materia ya estaban fijados sin discusión alguna, y que la próxima generación de economistas no tendría sino que ocuparse principalmente en aplicar esos principios a la confusa variedad de instituciones y prácticas del mundo real. En general, la escuela de Cambridge, incluido Keynes, desarrollaba ese programa, y Keynes se dedicó en especial a las cuestiones monetarias y bancarias. (Harrod 1958: 173).

31. «[...] en los tiempos que nos aguardan muchos economistas -y también otros científicos sociales- se harán calculadores, en el sentido de que las tareas con las que se enfrentarán les exigirán cada vez más ser expertos en matemáticas y estadísticas.» (Meek 1980b: 232). Véase también más adelante.

32. He aquí una pincelada sobre la extraordinaria personalidad intelectual de Keynes. Comentando el *A Treatise on Probability* (publicado en 1921) con el que Keynes se graduó de fellow del King's Collage en 1909, Schumpeter sostuvo: «Keynes nunca tuvo una opinión muy elevada respecto a las posibilidades puramente intelectuales de la economía. Siempre que deseó respirar el aire de las altas cumbres, no pretendió hacerlo dentro del campo de la teoría económica pura. Había en él algo de filósofo o de epistemólogo. [...] ninguna actitud meramente receptiva podría haberle satisfecho. Keynes necesitaba volar por sí mismo.» (Schumpeter 1983: 366-367).

33. «La forma más perfecta de la economía vulgar es la forma profesoral. Esta procede históricamente, y con una prudente moderación, espigando lo mejor de todas las cosechas; no le importan las contradicciones, lo que le interesa, sobre todo, es ser completa. En ella todos los sistemas pierden lo que les anima y les da vigor y acaban formando un revoltijo sobre la mesa de los compiladores. La pasión del apologeta se ve refrenada aquí por la erudición, que contempla con una especie de commiseración las exageraciones de los pensadores economistas y los diluye en sus propias elucubraciones. Esta clase de trabajos comienzan a partir del momento en que la economía política cierra su ciclo como ciencia; son, por tanto, al mismo tiempo, la tumba de la ciencia económica.» (Marx 1974b: 394).

34. A pesar de fundamentarse en una teoría (la neoclásica) que es "pura ficción matemática", el discurso neoliberal «Es tan fuerte y difícil de combatir solo porque tiene a su lado todas las fuerzas de las relaciones de fuerzas, un mundo que contribuye a ser como es. Esto lo hace muy notoriamente al orientar las decisiones económicas de los que dominan las relaciones económicas. Así, añade su propia fuerza simbólica a estas relaciones de fuerzas. En nombre de este programa científico, convertido en un plan de acción política, está en desarrollo un inmenso proyecto político [...]. Este proyecto se propone crear las condiciones bajo las cuales la «teoría» puede realizarse y funcionar: un programa de destrucción metódica de los colectivos.» (Bourdieu 1998).

35. Joseph Stiglitz, en el prólogo al libro del historiador polaco, hizo la siguiente valoración: «[...] los problemas y perspectivas que aborda Polanyi no han perdido importancia. Entre estas tesis centrales está la idea de que los mercados autorregulados nunca funcionan [...] El análisis de Polanyi deja en claro que las doctrinas populares de la economía del goteo -según la cual todos, incluso los pobres, se benefician del crecimiento- tienen poco sustento histórico. También aclara el rejuego entre ideologías e intereses particulares: la forma en que la ideología del libre mercado fue el pretexto de nuevos intereses industriales, y cómo tales intereses se valieron de forma selectiva de esa ideología, al apelar a la intervención gubernamental cuando la necesitaban en beneficio de sus propios intereses.» (Stiglitz 2003: 9-10).

36. «Pero, ¿cómo avanza esta teoría [AR: neoclásica] desde su unidad básica, el calculador atomístico y aislado, para extraer conclusiones que sean aplicables al conjunto de la sociedad? La proposición esencial de la teoría es que el conjunto no es más que la suma de cada una de las partes individuales aisladas. Por lo tanto, si sabemos la forma en que los individuos responden ante los diferentes estímulos, también sabremos cómo responderá una sociedad compuesta por esos individuos. [...] Además, lo que es cierto para el individuo aislado también lo es para la economía considerada como un todo. Es más, puesto que cada economía puede ser considerada como un individuo [...] de ello también se concluye que todas las economías pueden ser consideradas como individuos.» «Sin embargo, este tránsito desde lo individual a lo colectivo descansa sobre un supuesto básico. Después de todo, esos calculadores individuales y atomísticos pueden tener intereses cruzados y, por lo tanto, el resultado de la racionalidad individual puede resultar en irracionalidad colectiva. ¿Por qué no es ésa la conclusión a la que llega la economía neoclásica? Por la fe. Por la creencia en que cuando esos autómatas son dirigidos en una dirección u otra por un cambio en los datos, necesariamente encuentran la solución más eficiente para todos.» (Lebowitz 2004).

37. En el Perú, De Althaus (2007) proporciona un buen ejemplo de esa devoción por el fetichismo de las cifras para explicar los cambios y transformaciones en las relaciones económicas, que él resume en «el cambio de modelo económico». Para evitar el aburrimiento de los lectores con tanta cantaleta estadística, les recomendamos el epílogo (De Althaus 2007: 303-308), donde se condensa la «revolución capitalista» en el país.

38. Algunos de los más importantes trabajos de esa controversia están reunidos en Braun (1973). Para una reseña de este debate, cf. Dobb (1980: 271-279) y Hartcourt (1969).

39. La acumulación de capital de Joan Robinson (primera edición inglesa en 1956) estuvo enfilada al cuestionamiento de la doctrina de la distribución basada en la productividad marginal, proveniente de Jevons y los austriacos (la escuela de Böhm-Bawerk). A través de dicho trabajo ella participó en las controversias sobre la teoría del crecimiento.

40. El lector atento convendrá que las dos expresiones, «redesplazamiento de las técnicas» y «reversión de capital», están implicadas en la frase citada de Monza.

41. «Parece evidente que para efectuar una evaluación crítica del pensamiento económico tradicional existen aspectos más sustanciales que el mero problema -algo escolástico, sin duda- relativo a la forma de la función de producción agregada. Sin embargo, tal vez sea más atinado interpretar la controversia no como un punto final, sino como el punto de partida de una controversia verdadera. Por esto último entiendo un análisis crítico, no sólo de la consistencia lógica, sino también de la relevancia empírica y del contenido ideológico de la teoría económica recibida.» (Monza 1973: 30).

42. Sobre la importancia que representó la obra de Sraffa véase Dobb (1973) y Roncaglia (1977).

43. «Creer que el sistema capitalista no tiene alternativa forma parte del conjunto de dogmas ideológicos que nos esclavizan mentalmente. [...] Ciento es que la sociedad capitalista, por su apariencia democrática, es la que ha concitado mayor número de adhesiones inquebrantables, y es, también, la que mejor ha sabido penetrar en lo más hondo de la idiosincrasia. Sin embargo -aunque de un modo indirecto- está siendo puesta en tela de juicio. No es el sistema en sí mismo lo que se cuestiona, sino sus efectos secundarios: el hambre, la manipulación del mundo por cuatro países con sus multinacionales, el deterioro del medio ambiente, la guerra imperialista, el terrorismo de estado o de otro tipo... y el largo etcétera de todos conocido. Estos efectos son atribuidos no al propio sistema sino a una supuesta mala gestión del mismo cuando, en realidad, es la naturaleza del sistema la que los conlleva. Lo que ahora mismo se está reclamando no es un cambio de sistema, sino algo más difícil, es decir, imposible: se quiere el funcionamiento del sistema pero sin sus efectos secundarios (lo que prueba hasta qué punto la sociedad, alienada, no trasciende la ideología).» (Soler 2004: 6-7). «De entrada hay que aclarar una cuestión de base que embarulla y llena de confusión todos los análisis de economistas, sociólogos y politólogos que debaten los fundamentos causales de esta crisis que avanza sin remisión hacia el colapso. Con más o menos fortuna todos coinciden en resaltar los mismos aspectos: Especulación, burbuja

financiera, políticas crediticias, endeudamiento, déficit comercial de Estados Unidos, etc. Esto en el ámbito económico. En lo social se coincide en el desmontaje del Estado del bienestar desarrollado desde el final de la II^a Guerra Mundial, y en la consiguiente degradación da las condiciones de trabajo, educación y salud de los llamados países periféricos. Pero estos son los efectos de la crisis, no sus fundamentos. Esa confusión conduce y conducirá a generar vanos esfuerzos de modificar el rumbo de los acontecimientos por el camino del voluntarismo y del subjetivismo más retrogrado. Este es el terreno abonado donde crecen toda clase de ONGs, organizaciones solidarias, de Comercio justo, Foros Sociales, Misiones redentoras y Cumbres del hambre, del medio ambiente y del SIDA. Todo el mundo es movilizado de Foro en Foro, Cumbre tras cumbre, decenas de miles de expertos viajan de punta a punta del planeta con sus recetas milagrosas. Todos exigen compromisos a los gobiernos, a las multinacionales, al FMI, a la OMC, al Banco Mundial, para detener la catástrofe que deviene cada vez más inevitable. Pero nadie es capaz de plantear la única alternativa real que puede posibilitar una salida a la gravedad de la situación actual. La propiedad privada de todos los recursos de la tierra ha conducido a esta situación, se hace necesario abolirla para salir de ella. Y si esta cuestión de principio no es abordada todos los esfuerzos serán inútiles.» (Ferrer 2003).

44. John F. Kennedy, presidente de los Estados Unidos 1961-1963, citado por Lekachman (1970: 222).

45. «Luego de la Segunda Guerra Mundial, entre 1950 y 1973, los volúmenes de comercio aumentaron a un ritmo de 5,8% anual, mientras que la producción mundial lo hizo a 3,9% anual. Este periodo es conocido como la "edad de oro del capitalismo", pues existió estabilidad, rápido crecimiento y prosperidad.» (Parodi 2005: 78). Para este autor la edad de oro corrió de 1945 a 1971, año en que «el sistema de Bretton Woods llegó a su fin» (Parodi 2005: 81).

46. «Es a duras penas que se puede poner la "revolución keynesiana" al nivel de la jevoniana, a pesar de la declaración de su autor según la cual los "asuntos en cuestión son de una importancia que no puede ser exagerada". En primer término, sus efectos sobre el marco conceptual general de la teoría económica fueron mucho menos profundos de lo que puede haber sido la significación de sus consecuencias políticas para la conducción de una economía capitalista moderna. Con mayor evidencia y en forma más directa que en el caso de esa primera circunstancia, reflejó acontecimientos y problemas contemporáneos [...] Lo que el cambio doctrinario ilustra particularmente bien, es la fuerza con la cual la teoría existente -endurecida hasta convertirse en un dogma- puede ejercer un efecto paralizante sobre la mente y la visión humanas, volviéndolas ciegas ante las verdades más obvias que ofrece la experiencia e inhibiendo la capacidad hasta para formular las preguntas correctas.» (Dobb 1980: 234-235).

47. «Nunca insistiremos demasiado respecto al hecho de que las recomendaciones keynesianas fueron siempre, en primer término, recomendaciones inglesas, y que en todos los casos, incluso cuando estaban dirigidas a otras naciones, procedían de la consideración de los problemas ingleses. Si se exceptúan sus gustos artísticos, keynes era extraordinariamente insular, incluso en filosofía, pero en ninguna otra cosa tanto como en economía. [...] Igual que los viejos librecambistas, elevó a verdad y sabiduría valederas para todo lugar y tiempo lo que en cada momento era verdad y sabiduría para

Inglaterra. [...] era un intelectual característico de la preguerra que reclamaba con toda justicia, en lo bueno y en lo malo, su parentesco espiritual con la línea de pensamiento de Locke-Mill.» (Schumpeter 1983: 371-372).

48. Para una explicación de los avatares del sistema de Bretton Woods, cf. Parodi (2005: 124-131).

49. «Pero el papel del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y la Organización del Comercio Mundial no se limita tan sólo a efectuar estudios y formular recomendaciones: son los custodios del predominio internacional del capital financiero y agentes principalísimos de disciplinamiento universal. Su función es la de un comisariado político que responde primordialmente a los intereses imperiales de los Estados Unidos [...]» (Boron 2001: 36).

50. «La haute finance, una institución sui generis, peculiar del último tercio del siglo XIX, funcionó como la conexión principal entre la organización política y la organización económica del mundo en este periodo. Proveyó los instrumentos necesarios para un sistema de paz internacional, forjado con el auxilio de las potencias, pero que ellas mismas no podían haber establecido ni mantenido.» (Polanyi 2003: 56).

51. Boron tiene razón al señalar que desde años recientes (décadas de los 80 y 90 del s. XX) «a partir del predominio del capital financiero y la crisis y descomposición del campo socialista se produjo un desplazamiento del centro de gravedad político del imperio hacia las instituciones de carácter económico.» (Boron 2001: 44 y ss).

52. Parodi (2005: 79) diferencia entre «Estado de Bienestar en los países industriales» y «Estado desarrollista en los países en desarrollo», aunque la orientación económico-social era fundamentalmente la misma.

53. Sobre este asunto discrepamos con Parodi para quien «la globalización financiera es un concepto agregado que se refiere al crecimiento de los vínculos globales a través de los flujos financieros.» (Parodi 2005: 101). Esto proviene de su enfoque que separa la globalización en varias dimensiones (comercial, financiera, etc.), perdiendo de vista una comprensión totalizadora que integrara